

colás; vuelto al Sur se limitó á permanecer á la defensiva y únicamente en raras ocasiones atacaba alguna partida realista; se estableció en las orillas del Mexcala, que tan bien conocía, y allí permaneció varios años. La historia no vuelve á ocuparse de él, por lo que no puede decirse cuál fué su suerte definitiva; sin embargo, ese silencio puede interpretarse en el sentido de que continuó militando en las filas de la insurrección, pues si hubiera muerto en algún encuentro ó si se indultó, alguna noticia hubiéramos encontrado en las investigaciones que hemos hecho. Lo probable es que continuase como subalterno de Guerrero hasta que se realizó la Independencia y que entonces se retirase á su casa, una vez que le fueron devueltos sus bienes, sin volverse á mezclar en los asuntos públicos.



DON VALERIO TRUJANO.

No obstante que es Don Valerio Trujano una de las más simpáticas figuras de la guerra de Independencia, es muy poco conocido, y apenas se asocia su nombre al sitio de Huajuápam, que con tanta constancia supo sostener.

Nació en Tepecoacuilco, hoy Estado de Guerrero, por 1760, de una familia de labradores tan poco acomodados que tuvieron que dedicar á su hijo á la arriería desde que éste era de corta edad; adquirió, sin embargo, algunos conocimientos, que se redujeron á leer, escribir y hacer algunas operaciones aritméticas. Con sus continuos viajes adquirió en propiedad una numerosa recua que lo sustentaba, pues hacía viajes desde Oaxaca y el Sur hasta Guatemala y la costa del Norte cargando cochinita y cacao ó conduciendo ganado. Era muy

formal en sus tratos y de una honradez á carta cabal, además de fervoroso cristiano, y por todas estas causas era bastante conocido en todo el Sur y tenía numerosísimas relaciones en él así como un conocimiento exacto de la topografía de aquella región.

Conoció y trató á Morelos cuando éste era también arriero, y lo estimó y respetó cuando ya fué sacerdote; muchas veces Trujano se desvió de su camino para ir á saludar á su antiguo compañero de caminos á su Curato de Nocupétaro, y en una de aquellas visitas el sacerdote, que ya estaba al tanto de las conspiraciones para realizar la Independencia, habló de la idea al arriero, que no la recibió mal y que después de meditar en ella durante sus viajes acabó por adherirse completamente á ella, sin el entusiasmo de un joven pero con la tenacidad de un hombre del todo sugestionado y que estaba resuelto á sacrificar por ella sus comodidades y hasta su existencia. Cuando tuvo noticia del grito de Dolores comprendió que había llegado la hora de combatir y que no pasaría mucho tiempo sin que se le llamase, y á fin de encontrarse listo emprendió un viaje en el cual saldó sus compromisos, cortó cuentas con sus amos y corresponsales y perdonó deudas á los insolventes, reunió sus ahorros y vendió su recua, con cuyo dine-

ro se procuró armas para la pequeña partida que iba á levantar. Sus deseos hubieran sido levantarse inmediatamente que supo lo ocurrido en Dolores, pero como entonces tenía algunas deudas, reflexionó que si se hacía insurgente entonces, podían creer sus acreedores que era un recurso de que se valía para burlarlos y esto repugnaba á su honradez; además, si acaso moría en la campaña, moriría con el remordimiento de no haber saldado tales deudas, y esto no cuadraba con la rectitud de sus principios.

Con diez y siete hombres se alzó en armas y desde luego empezó sus correrías con tanta fortuna y acierto que muy pronto se hizo notable por su valor y aumentó su fuerza, que casi siempre expedicionó por Oaxaca. Uno de sus primeros triunfos lo obtuvo sobre el realista Almanza, que caminaba de Veracruz para Oaxaca; Trujano lo alcanzó y al derrotarlo se hizo de cien fusiles que le fueron de mucha utilidad; en Tlapa se presentó á Morelos, quien lo envió á ocupar el pueblo de Silacayoapan, comisión que desempeñó satisfactoriamente, y en seguida, unido á Don Miguel Bravo, fué destinado á la misma Oaxaca; en Tecanextla se encontraron con Páris (29 de Enero de 1812) y aunque lo atacaron por dos puntos á la vez, se vieron obligados á retirarse, perdiendo el único cañón que llevaban; no abandonaron, sin embar-

go, la provincia, y se dirigieron á Yanhuatlán, en la Mixteca, donde atacaron á Régules, pero éste se fortificó en la iglesia y el Curato y supo defenderse en tan pequeño recinto gracias á la solidez de esos edificios; retirados los insurgentes, Régules asumió la ofensiva, hasta que fué obligado á volverse á encerrar en el mismo pueblo, donde al fin habría tenido que capitular si Don Víctor Bravo no es llamado por Morelos para que concurrese al sitio de Cuautla. Régules antes de salir de Yauhuitlán, donde fusiló á varios, mandó cortar las orejas á veinticinco indios que hizo poner debajo de la horca, teniéndolos á la expectación pública durante todo el día.

Trujano, ya solo, se situó en el camino de Cuicatlán, donde atacó y derrotó á Don Manuel Guendulain, rico mayorazgo de Oaxaca que había armado á todos los trabajadores de sus haciendas; Guendulain y muchos de sus sirvientes quedaron muertos en la acción y Trujano se apoderó de todas sus armas. En seguida se situó en Huajuápam, capital de la Mixteca, sabedor de que las fuerzas de Régules, en combinación con Bonavía y Caldelas iban á atacarlo; fortificó rápidamente algunos puntos y esperó al enemigo, que no tardó en presentarse el 5 de Abril. Trujano, aprovechando la oportunidad de haber concurrido al tianguis del pueblo muchos indi-

viduos por ser día domingo, á ninguno dejó salir y á todos los incorporó á su ejército. Además, como le faltaba artillería, tomó las campanas de las torres y con ellas fundió tres cañones, las balas las suplió con piedras del arroyo inmediato y con balas de la dura madera llamada "palo de hierro." Los sitiadores se distribuyeron por el contorno de la población, dominaron á ésta por el Norte, donde está el cerro del Calvario, abrieron zanjas, emplazaron su artillería y á los cinco días rompieron el fuego sobre la plaza.

Memorable es por todos conceptos el sitio de Huajuápam y sólo puede ser comparado con el de Cuautla, y si se consiguió sostener tanto tiempo, se debió á la fe inquebrantable de Trujano y á sus asiduos desvelos. Al mismo tiempo que General era proveedor, médico y apóstol. Comenzó por almacenar todos los víveres, para lo cual le sirvió mucho una cantidad considerable de carne de chito (de chivo, frita en sebo para sacar éste) que se encontró en la colecturía: cada mañana hacía la distribución entre los vecinos y soldados, de manera enteramente equitativa. Estableció también una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente

irresistible sobre el soldado, así como sobre el paisano, mantuvo exenta de la más ligera infracción. Estaba distribuido el tiempo como en un convento, y la mayor parte del que dejaban libres los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común y en esa población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo, contra los furioses de la tempestad. Gracias á estas extraordinarias, pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna voz indiscreta podía anunciar el próximo ayuno, y era evidente que el sitio puesto por los realistas á Huajuápam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta al último de los sitiados ó ser levantado por los españoles.

Los ataques fueron frecuentes y en todos ellos quedó rechazado Régules, no obstante que en uno consiguió penetrar casi hasta el centro horadando varias casas; el realista recibió de Oaxaca nuevos refuerzos y dos cañones. Por medio de un atrevido indio, natural del pueblo de Noyó, con-

siguió hacer llegar una carta al padre Sánchez pidiéndole auxilio; éste y el Cura Tapia se pusieron en marcha con gran número de gente, abundantes víveres y nueve cañones, pero al acercarse á la plaza el 17 de Mayo, Caldelas, que había emboscado su tropa en un palmar, los atacó de sorpresa y los desbarató tan completamente que Sánchez y Tapia escaparon con pocos á uña de caballo, perdiendo artillería y víveres. No quedaba á Trujano otra esperanza que Morelos y á él despachó el indio de Noyó, que otra vez consiguió salir de la plaza exponiendo á cada instante su vida al atravesar la línea de los sitiadores; sin embargo, pudo salir, y para avisar á Trujano su salida quemó desde una altura dos cohetes, según estaba convenido.

En Chilapa recibió el Generalísimo el aviso de Trujano é inmediatamente resolvió ir en auxilio suyo, reunió una división de 1,800 hombres mal armados y destacó á Don Miguel Bravo para que unido á los padres Sánchez y Tapia concurriesen al ataque, pero estos tres fueron derrotados por Caldelas, que les quitó su artillería, y no quedó más remedio que Morelos emprendiese el ataque. Se verificó el 13 de Julio y Trujano se encontraba en tan apurada situación que aquél precisamente terminaba una Novena que en honor del Señor de

los Corazones, imagen muy venerada en Huajuápam, había hecho: cargó reciamen- te por el mismo punto por donde More- los atacó, y tan bien maniobraron ambos, que no sólo quedó roto el sitio, sino levantado de una vez, destrozados los realistas, muerto Caldelas y en vergonzosa fuga Ré- gules. Yahuitlán fué abandonado y los rea- listas tuvieron tal pánico que ni dentro de Oaxaca se creían seguros. Morelos quedó dueño de doce cañones, más de dos mil fu- siles, muchas municiones, é hizo ciento se- señta prisioneros, que incorporó á su ejér- cito ó envió á Zacatula. Trujano se apode- ró de Yanhuitlán y acabó de dispersar a los realistas; con sus tropas formó More- los un Regimiento que llamó de "San Lo- renzo," aludiendo á que había estado ex- puesto al fuego por todos lados, é hizo Co- ronel de él al mismo Trujano. El Genera- lísimo tenía abiertas las puertas de Oaxa- ca ni dos meses después de haber salido de Cuautla, cuando aún se decía en México que estaba derrotado para siempre, pero no quiso por entonces ocupar la ciudad.

Volvió Trujano de Yanhuitlán á incor- porarse al ejército de Morelos en Tehuacán, y algunos días permaneció en el Cuartel general ó haciendo expediciones cortas, pues tenía el encargo de impedir que los realis- tas de Puebla se proveyesen de víveres en las haciendas del rumbo de Tepeaca, y ade-

más, proveer á los insurgentes de Tehua- cán. Hallábase ocupando á Tepeaca la di- visión de vanguardia del ejército llamado del Sur, compuesto de algunos soldados de marina, batallón de Guanajuato y lanceros de San Luis á las órdenes del Teniente Co- ronel Don Saturnino Samaniego. Trujano, en desempeño de su comisión, llegó el 4 de Octubre al Rancho de la Virgen, situa- do entre Tepeaca y Tlacotepec; en la pri- mera de las citadas poblaciones había cua- trocientos soldados realistas á las órdenes de Samaniego, y aunque el insurgente sólo llevaba cien hombres confiaba en que, co- mo estaba convenido lo auxiliaría Galeana oportunamente. En las primeras horas del día 5 Samaniego, llevando un cañón, cayó sobre el rancho, pero Trujano, aunque sor- prendido, opuso una vigorosa resistencia que duró todo el día, hasta que Samaniego consiguió pegar fuego á la casa y tienda del rancho, con lo que obligó á los defen- sores del sitio á salir. Trujano consiguió ponerse en salvo, pero al ver que su hijo permanecía en la casa incendiada fué en auxilio suyo y encontró la muerte, pues fué derribado por dos balazos y quedó acri- billado de heridas; también murieron dos de sus oficiales y bastantes insurgentes, dis- persándose el resto. Samaniego, por su par- te, recibió también una herida que lo dejó cojo para el resto de su vida, perdió unos

ochenta hombres de los trescientos que llevaba, y se retiró al ver que llegaba Galeana. Llano, á su vez, enviaba refuerzo al realista, pero lo encontró cuando iba ya de retirada.

Los cadáveres de Trujano y de Gil fueron llevados á Tehuacán, donde Morelos los hizo enterrar con honores militares. Este jefe deploró siempre la pérdida de tan valiente Teniente por la inmensa falta que le hacía; en cambio los realistas se felicitaron de la desaparición de un enemigo tan temible. Todos los historiadores le han hecho justicia y en medio de la pléyade de hombres notables que rodearon al caudillo del Sur, la figura de Trujano no es de las menos notables.



DON MAXIMO BRAVO.

Fué el último de los hermanos Bravo que tomaron las armas, y aunque al lado de ellos sus hechos están obscurecidos, no por esta causa son menos merecedores de que se les dediquen algunas líneas siquiera.

Como todos ellos, tomó las armas en Mayo de 1811 en Chichihualco, de donde se dirigió á Chilpancingo y á Tixtla; cuando Morelos con el grueso del ejército insurgente salió rumbo al Norte, dejó en la primera de las citadas poblaciones á Don Leonardo y á Don Máximo Bravo, que quedaron encargados de la administración de la comarca; algunos meses después, que Don Leonardo fué llamado á tomar parte en las operaciones militares, Morelos, que sabía estimar el valer de cada hombre, dejó á Don Máximo en Chilpancingo como jefe de las armas, pero dedicado en realidad al go-

bierno de la ciudad y de sus contornos, tarea que Bravo desempeñó por muchos meses y satisfactoriamente.

No por esto, sin embargo, Don Máximo se creyó relevado de empuñar las armas cuando era necesario, y en consecuencia, en Marzo de 1812, después del sitio de Cuautla vió que el jefe realista Cerro se iba haciendo peligroso en la Costa Grande y decidió atacarlo, pero habiendo sabido que Añorve había reforzado á aquél, comprendió que no se podía sostener en la población y la abandonó, refugiándose en su hacienda de Chichihualco, donde no osaron atacarlo los realistas; roto aquel sitio, aquellos dos jefes españoles, que momentáneamente habían permanecido en Chilpancingo, creyeron, como todos, que Morelos se había hundido para siempre y que era tiempo de ayudar á la reacción realista que se observaba en el Sur; en consecuencia, amagaron á la población, pero Bravo, que ya se había hecho de algunos recursos, tomó la ofensiva y se dirigió sobre Tixtla, que abandonó Cerro; Añorve á su turno trató de retirarse por Cítlala, pero Bravo, que conocía perfectamente el país, y que aunque inferior en grado á los jefes de las inmediaciones, les dió tan acertados consejos que éstos se apresuraron á seguir, consiguió que por diferentes puntos cargasen Don Julián Ayala por Petaquillas, Galeana

por Cítlala, el Cura Tapia por Tlapa y el mismo Don Máximo por Chichihualco, mientras Morelos pasaba tranquilamente en balsas el río cerca de Tlacosoutitlán. El resultado de esta hábil combinación fué que los dos jefes realistas fueron batidos en detall, perdiendo su infantería, muchas armas y prisioneros y que tuvieron que refugiarse en Ayutla y Palizada, mientras Morelos llegaba á Chilapa el 5 de Junio, un mes y tres días después de haber salido de Cuautla.

Bravo permaneció en Chilpancingo todo el resto de 1812 y durante 1813, no habiéndose movido sino hasta fines de ese año, en que por la expedición de Valladolid tuvo que concurrir a la operación del paso del río por todo el ejército insurgente; después de la derrota defendió el vado de Mexcala, pero fué batido por Armijo, así como su hermano Don Miguel, regresó á Chilpancingo y permaneció allí y en Chichihualco procurando sofocar la reacción realista de la Costa Grande, problema cada día más difícil, por la presencia de tanto jefe realista como pasó el río y combatió á los insurgentes; ayudó á escoltar al Congreso á Tehuacán, y en esa comisión estuvo en la acción de Tezmalaca, en que cayó prisionero Morelos. A su regreso de esa ciudad permaneció en el Sur en diferentes lugares á las órdenes de su sobrino

Don Nicolás, y cuando éste cayó prisionero y les fué embargada la hacienda, se internó en lo más profundo de la sierra y allí permaneció sin que nadie se atreviese á irlo á buscar. Combatió á las órdenes de Guerrero algunas veces, en el transcurso de los tres años de 1818 á 1820, y cuando Iturbide proclamó la Independencia ya no concurrió á su llamado, á pesar de que Don Nicolás lo invitó; volvió á la histórica hacienda de Chichihualco, que estaba completamente arruinada, y allí se estableció y permaneció los últimos años de su vida, sin presentarse á la Junta de recompensas y sin querer vivir en México, no obstante las instancias que aquél le hacía.

Según la tradición, el último de los Bravo falleció en Chichihualco, por el año de 1835, dejando como único heredero á Don Nicolás Bravo, que fué el postrer representante de esa raza de héroes, cuyas hazañas son repetidas con orgullo por todos los mexicanos



BR. DON JUAN DE DIOS ROMERO.

El Bachiller Don Juan de Dios Romero era originario de México, é hijo de Don Mariano de igual apellido y de Doña María Dolores Soravilla, personas acomodadas y de buena posición social. El P. Romero, había sido teniente de Cura en Irimbo, y su padre, Don Mariano, era Teniente del primer batallón del Regimiento de la Corona, y cuando ese Cuerpo salió rumbo á Querétaro á combatir contra las tropas del Cura Hidalgo, que se encontraba entonces en Guanajuato, el Bachiller Romero iba acompañando á su padre, Don Mariano, aunque no se sabe con qué carácter.

El Regimiento mencionado se unió al ejército del Brigadier Don Félix Calleja, quien se dirigía á atacar al Cura Hidalgo después de la victoria que éste alcanzó en el Monte de las Cruces, habiendo logrado

al fin derrotarlo en Aculco, de donde el citado Calleja retrocedió para Guanajuato, en persecución de los restos del ejército insurgente.

Hasta entonces el padre Romero se consideraba fiel adicto de la causa realista, mas habiendo leído uno de los escritos que Calleja había capturado al Cura Hidalgo, se persuadió luego del error en que estaba acerca de las verdaderas tendencias de la insurrección; pero deseando obrar guiado por una conciencia tranquila y por un espíritu ilustrado, consultó sus dudas á su señora madre, quien fué á presentarse al referido caudillo, para exponerle las intenciones del Bachiller Romero. El Cura Hidalgo conocía bien á dicho sacerdote, supuesto que éste se había criado en la misma casa del referido caudillo.

El documento que se refiere á este asunto, no determina el lugar de la entrevista de la señora Soravilla con el primer jefe de la insurrección, aunque es probable que haya sido en Guadalajara, y lo único que se menciona en ese documento es, que Hidalgo dispensó al padre Romero la falta de haberse unido con el ejército realista, y aun le confirió el grado de Brigadier, ofreciéndole que si su padre Don Mariano abandonaba la causa del Rey, le concedería también una ventajosa protección.

Romero, antes de recibir su nombramien-

to de Brigadier, se ocupó secretamente en seducir á la tropa del Regimiento de la Corona, hasta lograr que ochenta dragones se comprometieran á seguirlo, pero al llegar á Silao, uno de los comprometidos, el sargento Salazar, lo descubrió ante Calleja, por lo que Romero se vió obligado á ponerse en salvo, justamente receloso de un fuerte castigo de parte de aquel temible jefe. Sin embargo, dejó la secreta comisión de seguir seduciendo á la tropa, á cuatro soldados de los de mayor confianza: éstos también fueron denunciados por el mismo sargento Salazar, y Calleja les mandó dar muerte en el pueblo de Silao, pero al fin pudieron escaparse á pie cincuenta dragones, que fueron á unirse con el padre Romero á la hacienda de Cuevas. De allí y montados en mulas con aparejos, marcharon rumbo á Zamora, en donde el jefe insurgente, Don Ruperto Mier, les proporcionó monturas y bagajes y los incorporó al ejército que se batió en el puerto de Urepetiro contra Don José de la Cruz.

El primer combate en que se encontró el padre Romero fué en Santiaguillo, donde fué completamente derrotado, dispersándose su poca gente; en seguida intentó ir á unirse con el Cura Hidalgo á Guadalajara, donde unido al famoso guerrillero Albino García, y con una fuerza de doscientos hombres mal armados, lo ayudó en los comba-

tes de Irapuato y Salamanca, así como en el de Celaya, el 17 de Marzo de 1811, en cuyo encuentro recibió cinco heridas el padre Romero y fué capturado por las tropas del Brigadier Don Torcuato Trujillo, pero un sargento de la guardia que lo custodiaba, lo dejó en libertad de fugarse, después de haber estado preso cerca de dos meses.

Sin pérdida de tiempo se dirigió á unas haciendas que tenía en el Bajío, donde pudo reunir y montar á sus expensas, más de trescientos hombres, con los cuales se fué á unir al Cura Don José Antonio Torres, á quien ayudó en los ataques que dicho caudillo emprendió sobre la ciudad de Valladolid y en Zipimeo, habiendo sido derrotada la tropa realista en este último lugar. Después de esto, se ocupó de construir armas en el pueblo de Yuriria al lado del Brigadier Buenaventura Menchaca, y habiendo organizado una nueva sección de tropa, se incorporó á las divisiones del padre Don Luciano Navarrete y del Bachiller Don Manuel Jiménez del Río, con quienes anduvo algún tiempo, siempre prestando interesante ayuda á la causa nacional.

Mas no solamente en el campo de la guerra prestó sus servicios á la patria, sino que también supo ayudarla liberalmente con los recursos de su hacienda, llamada San Andrés Uruétaro, de la cual salieron 320 caballos, más de 500 reses, 1,200 cargas de

trigo, 4,000 fanegas de maíz y \$6,000 en efectivo para auxilio de la causa de la insurrección, además de otros varios auxilios en pequeñas partidas de dinero que se dieron á las diversas partidas insurgentes que llegaban á dicha hacienda.

Por último, el padre Don Juan de Dios Romero, aparte de haber sido un entusiasta y constante defensor de la Independencia, era un hombre desinteresado y modesto, pues hasta se apenaba de que se le llamara General ó Brigadier, lisonjeándose únicamente de pedir órdenes á sus superiores y de cumplirlas con eficacia y con gusto, sin pretender honores ó distinciones, sin buscar grados militares y sin envanecerse con sus propios méritos.

Se ignora cuál fué el fin que tuvo este insurgente, del que la historia casi para nada se ocupa, y difícil es decir si pereció en alguno de tantos combates como se libraron en las provincias de Guanajuato y Michoacán, ó si llegó á indultarse, dada la facilidad que para ello tenía su padre en las filas del ejército realista; el documento auténtico de donde se han tomado las anteriores noticias nada dice sobre este particular.

La madre del padre Romero fué también una señora muy patriota, y por haber facilitado importantes recursos á los insurgentes, estuvo detenida en poder de los rea-

listas más de ocho meses, en Valladolid. Por tanto, el nombre de la señora Soravilla no debe ser olvidado, y es muy justo que figure entre los nombres de las más distinguidas heroínas que aparecen en la historia de nuestra Independencia.



DR. D. JOSE MARIA ALCALA.

Hay suficientes motivos y aun algunos datos oficiales para sentar que el Dr. Alcalá fué un acérrimo y ardiente partidario de la causa de la Independencia, á la que no solamente defendía en polémicas y conversaciones particulares, sino que también le prestó importantísimos servicios, tomando parte activa en favor de la citada causa.

El Dr. Alcalá era uno de los llamados "guadalupes," que como es bien sabido, constitufan una asociación secreta, cuyos trabajos y esfuerzos estaban consagrados exclusivamente á favorecer el triunfo de la Independencia, y desde antes de que ésta fuese proclamada, el mencionado eclesiástico era públicamente conocido como desafecto al Gobierno español y á los europeos, pues cuando en el Cabildo Eclesiástico de la Iglesia Metropolitana se trataba de pres-